

**¿Cómo hablar de cultura en la universidad?
La gestión de un campo para los Estudios Culturales**

**Como falar de cultura na Universidade?
A gestão de um campo para os Estudos Culturais**

**How do we speak about culture in the university?
Managing the field of Cultural Studies**

Mónica Bernabé¹

Palabras clave:

Cultura

Universidad

Estudios culturales

Contexto

Campo

Resumen:

Partimos de la complejidad que presenta el vocablo cultura y precisamos el modo en que lo usamos en el momento de formular el proyecto de la Maestría en Estudios Culturales. También argumentamos sobre la importancia de los contextos en el marco de los estudios culturales y las estrategias para establecer conexiones entre sociedad y universidad. De ahí que formulemos una agenda para una discusión de los espacios que ocupa el problema de la cultura en la era del pos-industrialismo y la necesidad de revisar los marcos disciplinares que organizan las universidades. A su vez, describimos las conexiones locales y los recursos de la cultura que motivaron la fundación de un nuevo espacio de estudios de posgrado en Rosario, Argentina.

Resumo:

Partimos da complexidade que apresenta o vocábulo “cultura” e determinamos o modo como o usamos no momento de formular o projeto do Mestrado em Estudos Culturais. Argumentamos, inclusive, sobre a importância dos contextos no âmbito dos estudos culturais e as estratégias para estabelecer conexões entre sociedade e Universidade. A partir daí, formulamos uma agenda para a discussão dos espaços em que ocupa o problema da cultura na era pós-industrial e a necessidade de revisar os setores disciplinares que organizam as universidades. Por sua vez, descrevemos as conexões locais e os recursos da cultura que motivaram a fundação de um novo espaço de estudos de pós-graduação em Rosario, Argentina.

Palavras chave:

Cultura
Universidade
Estudos culturais
Contexto
Campo

Key words:

Culture
University
Cultural studies
Context
Field

Abstract:

We begin by dealing with the complexity of the term culture and precisely define how we employ it when we formulate the project for the Masters in Cultural Studies. We also discuss the importance of contexts in the framework of cultural studies and the strategies to establish connections between society and university. Along these lines we develop an agenda for the discussion of the spaces the cultural issue occupies in the post industrial era and the need to review the way universities organize the different disciplines. At the same time, we describe the local connections and the cultural resources that motivated the foundation of a new space for post graduate studies in Rosario, Argentina.

¿Cómo hablar de cultura en la universidad? La gestión de un campo para los Estudios Culturales

LA PALABRA CULTURA

“No hablan el mismo idioma” decía Raymond Williams. Se refería a las distintas formas de valorar o los diferentes intereses aplicados a una misma palabra sin precisar los alcances de su significación. Sospechamos que cuando decimos cultura no siempre hablamos el mismo idioma ni referimos al mismo fenómeno. (Williams, 2003). En la medida en que un vocablo registra usos variados por parte de múltiples agentes, la prudencia impone examinar las circunstancias y operar con el rigor crítico que permita establecer una conversación entre distintas disciplinas y colegas de disímiles procedencias. La palabra cultura está ligada a los contextos, es decir, en estrecha relación con el campo de fuerzas en donde se configuran nuestras experiencias. Por eso, si cultura es una palabra clave y describe un área de convergencia, entonces habrá que afinar el análisis sobre sus usos. Para empezar, podemos decir que cultura es un vocablo altamente significativo y acarrea incertidumbres teóricas y dificultades relacionadas con su conceptualización, sus referencias y sus aplicaciones.

En primer lugar, creo importante señalar que en el marco de la universidad se plantea una circunstancia institucional problemática al momento de iniciar una conversación sobre la cultura. Existe una suerte de consenso académico sobre la necesidad de promover el abordaje interdisciplinario y de dar impulso a programas de estudios que atiendan a las nuevas tramas socio-culturales configuradas en las últimas dos décadas del siglo XX, en

especial, a los procesos de “desclasificación” y “des-distribución”, como los denomina Hans Ulrich Gumbrecht: “mientras las diferencias a nivel de los ingresos individuales crecen exponencialmente, la tradicional jerarquía simbólica entre las diferentes clases sociales parece haber desaparecido hace mucho” (Gumbrecht, 2003). Un dato sobresaliente de nuestro contexto son los desbordes de los parámetros de las modernidades nacionales a partir de las grandes corrientes migratorias y los efectos de las nuevas tecnologías. Estos fenómenos, que operan a escala transnacional, han astillado las nociones convencionales y de mayor circulación referidas a la cultura: la que piensa a la cultura como una esfera relativamente autónoma o, del otro y en un sentido más antropológico, la que entiende que cultura es una forma de vida. El problema consiste en que, al momento de determinar un lugar propicio para establecer un diálogo y una acción interdisciplinaria en conexión con la levadura cultural que crece en la calle, la universidad parece no poder ofrecerlo. Nos preguntamos ¿en qué espacio académico pueden asentarse programas de estudios móviles, fluidos y en condiciones de sortear los protocolos formales con los que funciona la universidad? ¿Cómo sincronizar los tiempos largos del trámite académico con la aceleración del tiempo social?

El tema reviste su importancia porque, como señala Heloísa Buarque de Hollanda, innovar, pasar fronteras, inventar es una operación de riesgo en el área de las humanidades y de los departamentos de comunicación y sociales en que se divide el saber ya consolidado. (Buarque de Hollanda, 2010). En general la conversación transdisciplinaria termina produciéndose en los márgenes de la institución, o simplemente se despliega en algún congreso o proyecto de investigación y, en muy pocas ocasiones, inte-

ractuando con agentes ajenos a la universidad: estados municipales o provinciales, ongs, empresas privadas.

En el campo de los estudios culturales desde hace ya bastante tiempo se viene advirtiendo sobre el fenómeno de la expansión de la cultura al ámbito político y económico. George Yúdice analiza el proceso de culturalización de la economía hacia fines del siglo XX en su imprescindible *El recurso de la cultura* desde donde redefine las tradicionales nociones de la cultura que distinguían entre lo alto, lo masivo y lo antropológico. Si atendemos a la nueva división internacional del trabajo cultural veremos cómo se han desarticulado muchos de nuestros viejos paradigmas interpretativos. La cultura ya no es sólo la expresión de la identidad de un grupo o la lucha entre los contenidos culturales hegemónicos y subalternos o entre lo local y lo universal. Hoy en día, la alta cultura -lejos de definirse en oposición a la cultura de masas- también es un recurso cuando, para dar un ejemplo de la ciudad de Rosario, un festival de poesía o un museo de arte contemporáneo pasan a formar parte de un proyecto urbano que, a su vez, se vende como atracción turística. La cultura entendida como recurso entra en sintonía con una racionalidad económica comparable a la que se aplica a los recursos naturales [Yúdice, 2002, 14]. Esto sucede como efecto del proceso vertiginoso de expansión cultural que se produce en sintonía con la dinámica de desmaterialización y distribución sin precedentes de los bienes simbólicos en el marco del denominado “capitalismo cultural” en la era posfordista del trabajo.

Pero antes de continuar con el tema de la cultura como recurso, o mejor, para encontrarle una variable que atienda a nuestra actual coyuntura universitaria, quiero recuperar un aspecto del problema muy presente en Raymond Williams y que

resulta importante si pensamos que la gestión de la cultura debe estar acompañada de un programa de estudios que argumente sobre teoría de la cultura. Una teoría que reintroduzca lo material en este ámbito será posible desde un pensamiento de la experiencia. Afinar la especulación sobre la cultura en la experiencia es una forma de accionar contra las abstracciones y la excesiva desmaterialización del mundo posmoderno. Para ello, es necesario citar aquí otra palabra clave o construcción verbal central de *Marxismo y literatura* de Williams: la “estructura de sentimiento” o, mejor, “estructura del sentir”. Pienso que si la cultura es un recurso como postula Yúdice, ella comienza por accionar en lo físico y en lo corporal. Es un dato que interesa a la hora de analizar cómo es que hablamos de cultura en la universidad, una observación que resultó decisiva al momento de elaborar nuestro programa de Estudios Culturales. Decidimos abordar la cultura desde un tiempo presente para evitar las descripciones y trabajos propios de los estudios humanísticos o la sociología clásica que generalmente han pensado la cultura en tiempo pasado. De cierta forma, procuramos emplazar nuestras experiencias en el tiempo presente a fin de resistir su transformación en un producto acabado. El dilema que afrontamos es justamente la dificultad que produce pensar lo contemporáneo, esto que está sucediendo ahora cuando escribo a fin de resistir activamente una posible separación entre la cultura y la sociedad, entre experiencia y universidad. Desde el punto de vista de los estudios culturales, el interés reside en dar cuenta de lo vivo, de lo que está siendo, en cierta forma, del roce de nuestro objeto de estudio con lo personal, lo subjetivo: esto que me está sucediendo aquí y ahora.

Lo contemporáneo es tema de debate y terreno incierto. Vale la pena anotar que cuando decimos tiempo presen-

te estamos pensando desde las coordenadas de un tiempo complejo. Giorgio Agamben advierte que los coinciden de una manera excesivamente absoluta con la época, que concuerdan perfectamente con ella, no son contemporáneos porque, justamente por esa razón, no consiguen verla, no pueden mantener su mirada fija en ella. De ahí que lo contemporáneo habite en las fallas, en las fracturas del tiempo que nos ha tocado vivir. Michel Foucault veía al pasado como la sombra que producen las interrogaciones teóricas del presente. *Ante el tiempo* es el título del libro de Georges Didi-Huberman que retoma estas coordenadas para finalmente declarar la soberanía del anacronismo entendido como una constelación de tiempos heterogéneos que convergen como efecto de ciertas experiencias culturales y artísticas. Más que hacer historia, dice, importa examinar las manipulaciones que la memoria hace del tiempo. En los fragmentos de un muro de Fra Angélico pintado en un convento florentino del Quattrocento, el crítico francés “ve” o experimenta el recuerdo de los drippings de Jackson Pollock. Un cuadro, entonces, puede contener todos los tiempos y Fra Angélico ser más afín a los pintores de la neo-vanguardia que de sus contemporáneos renacentistas. Somos contemporáneos a condición de poder manipular múltiples tiempos.

Desde esta experiencia de la contemporaneidad, abordar la cultura viviente significa instalarse en las borrosas fronteras entre el pasado y el presente para entender las variables que envuelven a la actividad humana inserta en un proceso básico y decisivo: el entramado del lenguaje. Precisamente, Raymond Williams pensó que las formas de la cultura estaban inevitablemente ligadas a las formas del lenguaje.² Capas de aire, aliento material, grano de la voz, emanación vibrátil de los cuerpos, el lenguaje no es instrumento sino práctica activa, cambiante, nunca fija. En sinto-

nía con Raymond Williams, pensamos que la estructura de sentir brinda una perspectiva para enmarcar una forma posible de hablar de cultura en el presente y, al mismo tiempo, gestionar un programa de estudios culturales en donde la cultura sea entendida como conciencia práctica. La tarea reviste un costado político: consiste en liberar a los sentidos corporales de su alienación y restaurar la experiencia de lo táctil tan afín a las estrategias de las vanguardias. Susan Buck-Morse propone reconciliar al arte y la cultura con lo estético pero a condición de recuperar el significado etimológico de la palabra “estética”, es decir, aquello que “percibe a través de la sensación”. *Aisthesis*, la experiencia sensorial de la percepción. Las terminales de los sentidos – nariz, boca, ojos, oídos, algunas áreas más sensibles de la piel – están localizadas en la superficie del cuerpo, la frontera que media entre el interior y lo exterior. El campo original de la estética no es el arte sino la realidad, la naturaleza corpórea, material. (Buck-Morse, 2005). Entonces, si los cuerpos importan es imprescindible orientar la educación para la resistencia contra la domesticación cultural de nuestros sentidos. El centro no es el cerebro, sino el cuerpo en tanto sistema sinestésico que conecta con el mundo de afuera.

Un programa de estudios de la cultura que trabaje para la justicia social hará propicia la creación de espacios institucionales de sensibilización ajenos al formato burocrático y los controles de medición, en definitiva, de una política que resista a la “pulsión de prueba” como la entiende Avital Ronell, es decir, del testeo a través del número (de publicaciones, nacionales e internacionales, con referato o sin referato, de direcciones y codirecciones de tesis, de tesis en curso y tesis aprobadas, etc. etc. etc.). Nos preocupa la relación entre la cultura de la universidad y la cultura de la sociedad, los

puntos de contacto y los desencuentros, los puntos ciegos de una situación que encontrará sus salidas en la posibilidad de articular o fundar otros sistemas u otros circuitos de evaluación y producción.

Los estudios culturales dibujan un campo de fuerzas a partir de tres puntos básicos - cultura, sociedad y universidad - con el objetivo de construir un territorio posible desde el cual desarrollar un trabajo de gestión innovador. Hablo por mi experiencia reciente: la gestión de la Maestría en Estudios Culturales en el Centro de Estudios Interdisciplinarios la Universidad Nacional de Rosario³. En el momento de elaborar nuestra perspectiva conceptual, que ya señalé como un factor imprescindible a la hora de trabajar en la cultura, partimos de los aportes realizados por especialistas provenientes de distintos campos de estudio. En los últimos años se han publicado una gran cantidad de trabajos sobre teoría de la cultura como sobre políticas culturales. Particularmente, llama la atención la edición de diferentes diccionarios.⁴ Los diccionarios, como las enciclopedias, son formas de ordenar el saber y recurrimos a ellos en situación paradójica. Si la modernidad comienza con una Enciclopedia, con la quimera de Diderot y D'alembert de compilar la suma del conocimiento, siglos después los cimientos mismos de esa modernidad serán sacudidos con otra enciclopedia: la que Borges imaginó en el "Idioma analítico de John Wilkins" y que hace reír a Foucault al iniciar la escritura de *Las palabras y las cosas* y su descripción del trastorno profundo del afán clasificatorio del pensamiento occidental.

En los inicios del siglo XXI, la preocupación por definir el término cultura, y establecer un léxico básico para el campo de estudios correspondiente, probablemente se ajuste a la necesidad académica de fundar una lengua vehicu-

lar, una especie de esperanto que pueda mediar entre las distintas disciplinas y legitimar un área de conocimiento. La proliferación de diccionarios y de lexicones también puede ayudar a la revisión de las bases epistemológicas de los tradicionales estudios humanísticos a fin de obtener mapas confiables para el abordaje de las relaciones entre cultura y sociedad en el momento en que han caído las certezas desde las cuales analizábamos la dimensión simbólica de la vida colectiva. Vienen a aportar el rigor científico necesario para autorizar las bases institucionales para el estudio de las acciones de producción, administración y distribución de la cultura. Son los pasos obligatorios para organizar un campo disciplinar que propicia la emergencia de espacios innovadores para la discusión académica. Por último, los diccionarios, junto con los numerosos ensayos interdisciplinarios, son una forma de dar respuesta a un cierto malestar curricular que asoma en las aulas universitarias a causa de la desconexión entre la academia y la sociedad en temas que revisten una cierta urgencia: la experiencia de la violencia (lo que Susana Rotker denominó "ciudadanía del miedo") y la profunda desigualdad en los modos de acceso a la sociedad del conocimiento.

En el marco latinoamericano, la relación entre cultura, sociedad y universidad asume significativas variaciones según la impronta de cada una de nuestras historias y tradiciones institucionales. Si indagáramos exhaustivamente en las estrategias de la gestión de la cultura en cada uno de los casos específicos, probablemente las circunstancias que rodean a los colegas de Niteroi o Medellín o Lima difieran con las de Rosario. De ahí que resulte interesante la tarea de articular un consenso crítico y epistemológico que nos permita encontrar unas bases sólidas para avanzar en los intercambios. Más allá de que provenimos de experien-

cias formativas diferentes, lo cierto que, en el terreno de la cultura, nos hallamos atrapados en un campo enunciativo que fluctúa entre nociones circunscriptas entre dos extremos. Por un lado, una noción amplia, muy general que hace equivaler a la cultura con toda una sociedad y que se evidencia en nociones como “la cultura argentina” o “la cultura brasilera”. Por el otro, una noción restrictiva, referida a la “encrucijada valorativa” de la cultura como reclama Beatriz Sarlo y que tiene sus raíces en la concepción adorniana del terreno de las artes y la literatura (Sarlo, 1997). Precisamente, ubicándonos en medio de esta tensión, propusimos gestionar un programa de estudios interdisciplinario para incursionar en los flujos y acciones de la cultura contemporánea.

CONTEXTOS

Lawrence Grossberg plantea que los estudios culturales no son estudios “sobre” la cultura, aunque la cultura sea un punto fundamental del proyecto, sino que tienen como objeto las formas en que las prácticas culturales producen, se insertan y operan en el interior de la vida cotidiana. Los estudios culturales ofrecen una estrategia y una política para explorar los modos en que los contextos de vida se constituyen en matrices de poder y de conocer las posibilidades de luchar, resistir y cambiar las estructuras de ese poder.

Entonces cabe preguntar: ¿cuál es el contexto desde el cuál partimos para la promover un programa de estudios culturales? ¿Cuál la coyuntura que presiona al momento de asumir nuestra tarea intelectual? En lo inmediato, nuestro contexto es la vida institucional, nuestra experiencia académica atravesada por relaciones sociales y políticas que suponen un compromiso tanto con el adentro y el afuera de la universidad. Algo similar postula Heloisa

Buarque de Hollanda cuando dice que los estudios culturales son un área con una vinculación visceral a contextos históricos y geopolíticos [Buarque de Hollanda, 2011]. Contrariamente a la tradición universalista desde la que se pensó el orden curricular en las disciplinas sociales y humanísticas en América Latina, los estudios culturales impulsan hacia una lógica local en la producción de conocimiento.

Partimos de una localidad cultural (Rosario) a fin de poner en relación una ciudad con su situación regional (Mercosur, Unasur) en el marco de un intercambio cultural global. La instancia que abre los estudios culturales, permite que lo local sea básicamente la posibilidad de poner en circulación teorías y conocimientos generales en concordancia con políticas propias, tanto desde lo académico como de las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales. Significa poder reflexionar sobre las relaciones entre modernidad y posmodernidad en el mundo global en el marco de las prácticas cotidianas. Significa producir una teoría de la cultura que registre sus circunstancias y pueda sostener un contacto fluido con la red cultural pública tanto gubernamental como con los movimientos sociales. Cuando hablo de cultura lo hago a partir de una precisa circunstancia de enunciación: la experiencia de vida en una ciudad de un millón de habitantes que está situada a 318 kilómetros de una megalópolis, Buenos Aires, con once millones de habitantes. La relación entre estas dos ciudades fue históricamente pensada en términos de dependencia interna: el poder centralizador y amenazante de Buenos Aires es producto de una larga historia de dominación y vaciamiento ejercida sobre las ciudades del interior del país. Esto ha sido una de las marcas constitutivas de la nación argentina y las notas básicas de un problema político y económico que no deja de suscitar tensiones en la vida cultural de nuestra sociedad.

Hay veces que comenzamos por una intuición para dar inicio a una investigación. Partimos de la hipótesis de que la universidad es una isla urbana. En el marco de la segmentación que caracteriza a las metrópolis contemporáneas, la universidad funciona como un mundo aparte, con sus reglas y protocolos y que de vez en cuando interactúa con otros mundos en un espacio complejo y múltiple. ¿Existe alguna sintonía entre las prácticas universitarias y las prácticas de la vida cotidiana en la ciudad? ¿Cómo es que se relaciona la universidad con el afuera? Y si coincidimos en que ese vínculo es frágil e intermitente, ¿cómo intensificar el diálogo y multiplicar las conexiones a fin de propiciar una trama de colaboración fecunda? Esta es la encrucijada en la nos encontramos al asumir la tarea de propiciar cambios para dejar de ser sólo observadores de las formas culturales y comenzar a introducirnos en el mundo de los problemas de la gente con la finalidad de aportar para la constitución de vasos comunicantes entre los investigadores, los diferentes proyectos de producción cultural y la acción comunitaria. Si acordamos que la cultura no se distingue de la política y la economía, será gestión la otra palabra clave para establecer estrategias de relación. Como lo ha señalado George Yúdice, la cultura como recurso constituye un nuevo pacto epistémico donde la ideología y buena parte de lo que Foucault denominó sociedad disciplinaria son absorbidas dentro de una racionalidad económica o ecológica de modo tal que se vuelven prioritarias la gestión, la conservación, la administración, la distribución y la inversión. Frente a este nuevo panorama de la cultura, ¿cuál es la política de relaciones de la institución a la que seguimos llamando universidad? ¿Qué política viene desarrollando en reconocimiento de este nuevo marco epistemológico que entiende a la cultura como un campo de negociación más que

como la expresión de contenidos? Una concepción expandida de la cultura se legitima en función de su capacidad de resolver problemas sociales y se constituye como incentivo para la generación de riquezas y la inclusión social. En este sentido, la economía política es economía cultural. ¿Y cuáles son los programas de estudios que contemplan estos cambios estructurales? Creo no equivocarme si respondo que prácticamente esos programas constituyen una alarmante minoría.

EL CAMPO DE CULTURA EN EL CONTEXTO DE LA CULTURA DE LA SOJA

Para operar con la estrategia del anacronismo, el contexto desde el cual abordo el tema de la cultura como recurso me permitió recuperar el concepto primario de la palabra cultura, el que está inscripto en su genoma etimológico: el cultivo de la tierra. Este orden primario de la significación del vocablo posiblemente haya sido paulatinamente abandonado a causa del imaginario iluminista del progreso que propició que la ciudad se constituyera en sinónimo de cultura en oposición a la rusticidad de la vida campesina. Y sin embargo, a fines del siglo XX, cambios tecnológicos radicales se asientan en el campo de tal forma que la agricultura se volvió un enorme laboratorio científico. Vivimos una época en la cual la tradición del cultivo de la tierra está siendo violentamente transformada por el capitalismo transnacional que se cierne como amenaza a la biodiversidad. El historiador Eric Hobsbawm graficó los cambios ecológicos del planeta desde una perspectiva satelital. Al comienzo de la era de las revoluciones la Gran Muralla China era el único resultado de la acción del hombre sobre la Tierra que podía ser visto desde el espacio. A comienzos del siglo XXI, en cambio, se hace visible la reducción de los espacios verdes, el aumento del

tamaño de las grandes metrópolis, la luz de ciertas instalaciones gigantes como los grandes aeropuertos, los destellos de las guerras y de las catástrofes. Se me ocurre que desde estas imágenes espaciales surge una agenda para los estudios culturales del nuevo milenio. Advierte el historiador inglés que los dos problemas centrales, y a largo plazo decisivos para el destino de la humanidad, son de orden demográfico y ecológico (Hobsbawm, 2001). Al mismo tiempo que disminuye el espacio verde, crece la brecha que separa ricos y pobres.

Me remito a Hobsbawm para argumentar que los cambios ocurridos en el último cuarto del siglo XX significan el fin de siete u ocho milenios de historia humanas que habían comenzado en el paleolítico. Con el desarrollo de la biotecnología vegetal y el diseño de plantas transgénicas terminó la larga era en que la inmensa mayoría de la humanidad se sustentaba practicando la agricultura y la ganadería. Hoy resulta verdaderamente sorprendente enterarnos que la población que habitaba en ciudades a principios del siglo XX era el 10 % del total mundial. La gran esperanza de los científicos es que la población del planeta, en constante aumento desde mediados del XX, para el 2030 quede estable en una cifra cercana a los diez mil millones de seres que es cinco veces la población existente en 1950. Hay sociólogos y urbanistas que pronostican que para el 2050 la gente sólo vivirá en ciudades. Se detienen en argumentar sobre las futuras catástrofes causadas por la superpoblación, el hacinamiento y la deformidad urbana. Serán “ciudades monstruosas totalmente ajenas a un modelo de sociedad que organice una coexistencia armoniosa”

(Lefranc, 2006). A juzgar por la “directiva de retorno” aprobada hace unos años por el Parlamento Europeo, la *civitas*

de los países del norte que, según Mongin se nutre del humanismo renacentista, terminará dibujando sólo un flujo expulsivo para los miles de migrantes afectados por el hambre y la guerra, la desocupación y la miseria. Para una enorme porción de la humanidad, las ciudades europeas terminarán ofreciendo calles de dirección única con sentidos orientados sólo hacia la puerta de salida.

Raymond Williams, a inicios de la década del 70, se quejaba de la hipocresía de las sociedades industriales ricas cuando advertían sobre las consecuencias del dramático proceso de superpoblación en las megalópolis de los países “subdesarrollados” en donde las poblaciones rurales desde mediados del siglo XX vienen desplazándose hacia los centros de una economía monetaria en busca de trabajo y de una oportunidad de progresar. Para confrontar abiertamente con la astucia imperial en materia argumentativa, escribió *El campo y la ciudad*, una originalísima historia de la literatura inglesa que demuestra que tanto la ciudad como el campo son construcciones culturales relacionadas al proceso básico del capitalismo como modo de producción. En la urdimbre de sus imágenes, encontramos un fragmento que bien podría formar parte de las crónicas urbanas de los escritores latinoamericanos: “La última imagen de la ciudad, en el ex mundo colonial y neocolonial, es la capital política o el puerto comercial rodeado de barrios pobres, las *barriadas* que con frecuencia crecen a una increíble velocidad. En Perú, mientras escribo esto, unas pocas hectáreas de desierto se transformaron, de la noche a la mañana, en una ciudad de treinta mil habitantes (...)” (Williams, 2001, p. 354).

El horizonte del siglo XXI es urbano. Desde esta perspectiva, las viejas utopías -particularmente las rurales- que desde la década de veinte hasta los años

ochenta, alimentaron a la porción más importante de la novela y el ensayismo latinoamericano también parecen haber caído junto a la caída del Estado benefactor y el inicio de la era pos-industrial. Posiblemente *Transculturación narrativa en América Latina* de Ángel Rama sea la última lectura de la tradición regionalista y la formulación de un utopismo rural inspirado por la figura mítica del etnógrafo y escritor peruano José María Arguedas. Rama argumentó sobre la transculturación desde un programa estético-político que entiende la modernidad como un proyecto sin fisuras, hegemónico y homogeneizador instrumentado por las elites urbanas. Como lo analizó Mabel Moraña, frente al poder hegemónico asentado en las ciudades metropolitanas y sus subsidiarias latinoamericanas, el crítico uruguayo formuló un programa de descolonización cultural invirtiendo la dicotomía civilización/barbarie que, desde el *Facundo* de Sarmiento, fue la trama a partir de la cual las elites intelectuales locales pensaron las políticas culturales para el continente (Moraña, 1997). En contraposición a la idea de que las ciudades eran las proveedoras de ciudadanía y de educación para salir del atraso, el imaginario regionalista produjo una serie de utopías rurales que veían en el campo el ámbito de la autenticidad y la identidad. Si el iluminismo y el positivismo burgués sostuvieron el mito del progreso y la modernización en camino hacia la emancipación, el ensayismo culturalista lo puso en duda a partir de la creencia en que la fuerza liberadora residía en lo vernáculo.

Resulta curioso que a comienzos de los ochenta Rama retorne al momento inicial del regionalismo latinoamericano, en especial al manifiesto regionalista de Gilberto Freyre. Frente al cosmopolitismo paulista y carioca, Freyre produjo una suerte de recuperación proustiana de la provincia basado en una extensa y detalla-

da descripción de sabores de infancia. Son los recuerdos de provincia que paradójicamente advienen, igual que tantos otros casos, desde el extranjero. Freyre comienza a pensar en su región natal cuando viaja a Nueva York. Como suele ocurrir, la tierra de la infancia es un recuerdo que retorna desde el centro mismo de la modernidad.

La modernidad tendió a dividir a la población entre los que actuaban en el mundo de la escritura y los que actuaban en el mundo de la oralidad. En la mayor parte del tercer mundo rural, la distinción básica era entre “la costa” y el “interior”, entre “la ciudad” y “la selva”. El principio era el verbo y conocimiento equivalía, literalmente, a poder. Algo especialmente visible en países donde el estado era, a los ojos de sus súbditos, una maquinaria que absorbía sus recursos y los repartía entre los empleados públicos. Era un mundo en el que la gente pobre del campo podía beneficiarse de la educación u ofrecérselas a sus hijos porque el deseo de aprender era prácticamente universal. Esas ansias de conocimiento explican en buena medida la enorme migración del campo a la ciudad que despobló el agro en América del Sur a partir de los años cincuenta. En la ciudad todos podían “llegar a ser algo”. El mero hecho de saber conducir un vehículo a motor –dice Hobsbawm- podía ser la clave para una vida mejor. Y en cada uno de los momentos de crisis, desde el corazón mismo de las ciudades, emergió el utopismo rural como espacio imaginario al que se le atribuía rasgos de una sociedad integrada, orgánica, más justa y solidaria. Esa versión idealizada del pasado, las “arcadias” de las que habla Raymond Williams, son la contrapartida de una mirada crítica con respecto al orden tecnológico y a los cambios que impone.

¿Cuándo cayó la imagen del campo como primitivismo autóctono, de lo verná-

culo, de la “peculiaridad cultural” como dice Rama? ¿Cuál es el último avatar de su tecnificación? En ningún lugar chocaron los viejos y nuevos usos tan frontalmente como en la frontera amazónica de Colombia cuando en los años setenta se convirtió en la sede de los laboratorios que transformaban la coca en cocaína. Y en el Cono Sur, cuando se introduce el cereal diseñado científicamente dando inicio a una reconversión rural sin precedentes. Entonces, cabe preguntarse, qué es hoy “el campo” y qué “la ciudad” en América Latina, qué funciones podemos atribuir al mundo rural, por ejemplo, en un país como la Argentina, que había ingresado tempranamente a la modernidad bajo la metáfora de “granero del mundo”. Hacia fines de siglo XX, la modernización tecnológica y la investigación biogenética se instalaron en el campo y desde allí vienen modificando las ciudades. Si un fantasma recorría el mundo en la década del ochenta era el de Frankenstein aunque esta vez, a la inversa del monstruo de Mary Shelley, los científicos jugaron a crear vida a partir de los organismos vivos. La expresión transgénico fue acuñada en 1981 por Gordon y Ruddle para designar a los OMG (Organismos modificados genéticamente) obtenidos mediante la manipulación de genes. La biotecnología implantó el modelo de las “granjas moleculares” que producen grandes beneficios económicos a través de los diseños transgénicos de oleaginosas. De este modo, finalizó un orden milenario de la agricultura, esencial para garantizar la continuidad de la finca agraria y su producción, según el cual el agricultor se proveía a sí mismo de la semilla que requería para el año siguiente. Ahora, en la medida en que depende de unas pocas grandes empresas gigantes para la provisión de la semilla y del paquete tecnológico que la acompaña, los productores fueron perdiendo autonomía y funcionalidad. Actualmente se da la paradoja de una agricultura sin agricultores.

Partiendo de un aquí local y un ahora global (Appadurai, 2001) cabe preguntar por los términos en que operan los procesos de construcción cultural en nuestras realidades locales. Planteamos un programa de estudios culturales desde la ciudad de Rosario que se encuentra sujeta a las alternativas de una revolución agraria que ha alterado notoriamente su paisaje. Hace ya varias décadas que vivimos en lo que Marie-Monique Robin denominó “el mundo según Monsanto”⁵. Es la época de la super-producción de granos y de la expulsión de las poblaciones campesinas hacia las periferias de las ciudades en busca de trabajo. El desarrollo biotecnológico al servicio del capital financiero canaliza el flujo de miles de migrantes regionales (de las provincias más pobres del norte argentino y de los campesinos de los países limítrofes, en especial, paraguayos y bolivianos) hacia las ciudades pos-industriales donde algunos logran ingresar al mundo laboral de los servicios de limpieza y mantenimiento más básicos mientras otros viabilizan su inserción social en alguna ONG o cooperativa dedicada a reciclar los residuos. Silviano Santiago [2004] ha denominado “cosmopolitismo del pobre” a esta nueva forma de desplazamiento de desheredados y campesinos de todas partes que saltan por encima de la revolución industrial y caen directamente a la posmodernidad de las metrópolis y también aquellos que, aunque no cruzan o no pueden cruzar fronteras, participan en la cultura global ingresando a través de la cultura de masas y sus extensiones electrónicas.

Existen diferentes situaciones de tensión entre lo local y lo transnacional y profundas transformaciones producidas por las migraciones y la tecnología electrónica. Los procesos sociales locales se encuentran cada vez más impactados por las corrientes de flujo, transmigración, transplantación y tránsito poblacio-

nal, económico y cultural que el antropólogo cubano Fernando Ortiz en 1940 ya había analizado en términos de “transculturaación”. Este proceso de reconfiguración de territorios y poblaciones necesariamente demanda de una revisión crítica del otro campo, el de los estudios de cultura y de los alcances de la palabra cultura en el marco de la universidad que, en sus formas organizacionales y departamentales, parece más conectada con los paradigmas del siglo XIX que con los del XXI. Desplegando distintas posiciones críticas, será útil revisar las nociones que aún vertebran gran parte de los estudios provenientes de las humanidades basadas en conceptualizaciones universalistas de los sujetos.

Nuestro programa de estudios culturales hace eje en la promoción de ciudadanías culturales como estrategias de inclusión en tanto propuesta política decisiva no sólo para Argentina, sino para toda América Latina. Estas modernidades desbordadas, como la de los demás países periféricos, están dramáticamente atravesada por la desigualdad. Lo acuciante de nuestras sociedades se traduce en millones de personas que están fuera del sistema a causa del diseño de políticas de exclusión internas y externas. De ahí que el lugar desde donde se habla o desde donde se teoriza se vuelva particularmente relevante. No sólo el lugar desde donde se habla y teoriza, sino también como dice Hugo Achugar (2001), el lugar desde donde se lee.

Nuestra propuesta pugna por la emergencia de un campo de fuerzas en donde cohabiten y negocien disciplinas que en la estructura académica persisten dentro de férreas fronteras organizacionales: los estudios literarios, las ciencias de la comunicación, la antropología, las artes, la sociología que actualmente sólo contactan en los discursos críticos

que subvierten el orden institucional que los disciplina en compartimentos estancos. En la Maestría en Estudios Culturales de Rosario formulamos un recorrido que atiende a los ejes relacionales de lo local-global evitando que lo local funcione como un ejemplo o como una mera resistencia a las políticas globales sino más bien como la emergencia de espacios de innovación y creación que dinamicen identificaciones parciales y puentes afectivos en un tejido social dañado. En sentido contrario de algunas narrativas recientes que describen a las periferias urbanas de América Latina sólo como espacios de la violencia (droga, trata sexual, miseria, marginación y muerte), ponemos atención en las alternativas culturales que enfrentan a las políticas de criminalización del otro y prestamos oído a una serie de voces disonantes que bregan por articular espacios de esperanza como dice David Harvey (2003). Nos interesa conectar con los artistas y productores culturales que enunciando y produciendo en los límites (de la ciudad, de la lengua, del sistema) luchan por la inclusión en un momento histórico en donde han caído las viejas herramientas de disciplinamiento estatal centradas en la educación formal, la participación política y el trabajo asalariado. En este sentido, habrá que elaborar una agenda propia de temáticas para el intercambio y el establecimiento de una conversación sobre la cultura en América Latina. Pienso en una serie mínima y posible: a) las tensiones entre el campo y la ciudad desde sus lugares de intercepción, especialmente los múltiples espacios de fronteras que las ciudades dibujan actualmente; b) las acciones concretas de políticas académicas en relación a los espacios institucionales como museos y centros culturales y grupos alternativos que en medio de las crisis económicas y sociales promocionan y

posibilitan gran parte de la producción artística contemporánea; c) los flujos ciudadanos y las ciber-ciudades que articulan un nuevo urbanismo apuntando a reconstruir espacios públicos, al aire libre y en la web, en las calles y plazas como territorios densamente marcados por sus habitantes.

Cuando ha caído la idea del poder redentor del arte como la del esteticismo resistente a cualquier demanda proveniente de la presión social, tal vez un buen programa de trabajo consista en abrir la discusión sobre la existencia o no de un poder crítico que alcance a conectar con aquello que vibra más allá de las islas académicas.

Bibliografía

ACHUGAR, Hugo “Aquí y ahora, los desafíos de la globalización”, prólogo a APPADURAI, Arjun. *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Montevideo / Buenos Aires: Trilce/Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 11-15.

APPADURAI, Arjun. *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Montevideo / Buenos Aires: Trilce/Fondo de Cultura Económica, 2001.

BUCK-MORSE, Susan. “Estética y anestésica: una reconsideración del ensayo sobre la obra de arte” IN: *Walter Benjamin, escritor revolucionario*. Buenos Aires, Interzona, 2005, pp. 169 – 221.

DIDI-HUBERMAN, Georges. *Ante el tiempo*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2005.

GROSSBERG, Lawrence. *Cultural Study in the Future Tense*. Durham and London, Duke University Press, 2010.

GUMBRECHT, Hans Ulrich. “El espacio que reaparece. Cinco breves reflexiones sobre los conceptos de “Posmodernidad” y “Globalización” IN: HERLINGHAUS, Hermann – MORAÑA, Mabel (eds.) *Fronteras de la modernidad en América*

Latina, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003.

HARVEY, David. *Espacios de esperanza*. Madrid, Akal, 2003.

HOBSBAWM, Eric. *La historia del siglo XX. 1914-1991*. Barcelona, Editorial Crítica, 2001.

HOLLANDA, Heloísa Buarque de. “A questão do mútuo impacto entre a a historiografia literaria e os estudos culturais”. Disponível IN: <<http://www.heloisabuarquedeholland.com.br/?p=561>>, acceso en 17 oct. 2011.

HOLLANDA, Heloísa Buarque de. Entrevista IN: *Produção Cultural no Brasil* Volumen III, Río de Janeiro, Beco do Azougue, 2010, pp. 23 – 31.

LEFRANC, Sandrine introducción al artículo “Villes-mondes, villes monstres?” IN: *Raisons politiques*, nº 15, agosto de 2004, Presses de sciences po, cit. IN: MONGIN, Olivier. *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires, Paidós, 2006.

MARX, Carlos – ENGELS, Federico. *La ideología alemana*. Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1968.

MONGIN, Olivier. *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

MORAÑA, Mabel “La ideología de la transculturación” IN: MORAÑA, Mabel (ed.) *Ángel Rama y los estudios culturales*. Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1997, pp. 137-145.

ORTIZ, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. La Habana, Letras Cubanas, 1983.

ROTKER, Susana (comp.) *Ciudadanías del miedo*. Caracas, Nueva Sociedad, 2000.

SANTIAGO, Silviano *O cosmopolitismo do pobre. Crítica literária e crítica cultural*. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2004.

SARLO, Beatriz. “Prólogo” a Williams Raymond. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires, Paidós, 2001.

SARLO, Beatriz (1997) “Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa”, *Revista de crítica cultural* 15: pp. 32-38.

WILLIAMS, Raymond. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires, Paidós, 2001.

WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona, Ediciones Península, 1980.

WILLIAMS, Raymond. *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2003.

YÚDICE, George. *El recurso de la cultura. Los usos de la cultura en la era global*. Barcelona, Gedisa, 2002.

¹ Dr^a. en Letras. Universidad Nacional de Rosario.

² Lee en la *Ideología alemana*: “[E]l “espíritu” nace ya tarado con la maldición de estar “preñado” de materia, que aquí se manifiesta bajo la forma de capas de aire en movimiento, de sonidos, en una palabra, bajo la forma del lenguaje. El lenguaje es tan viejo como la conciencia: el lenguaje es conciencia práctica [...]” [Marx – Engels, 1968, 31].

³ Proyecto gestionado junto con la Dra. Sandra Vandettaro a partir del año 2010.

⁴ Los más destacados: Altamirano, Carlos (Director). *Términos críticos de sociología de la cultura*, Bs. As., Paidós, 2002; Coelho, Texeira. *Diccionario crítico de política cultural. Cultura e imaginario*. Barcelona, Gedisa, 2009; Mckee Irwin, Robert / Szurmuk, Mónica. *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*. México, Siglo XXI Editores, 2009.

⁵ “El mundo según Monsanto” es el título de la película documental y del libro que dan cuenta de la investigación realizada por la francesa Marie-Monique Robin sobre la empresa Monsanto de Saint-Louis (Misuri, EEUU) que en más de un siglo de existencia fue fabricante del PCB (piraleno), del agente naranja usado como herbicida en la guerra de Vietnam. La empresa también ha desarrollado la soja transgénica para incrementar el volumen de herbicidas que la misma empresa produce y comercializa, como el potente “Roundup” que contamina cultivos de plantas comestibles por proximidad. Argentina es el tercer productor de cultivos transgénicos en el mundo con 22,9 millones de hectáreas. El primero es EE. UU. (66,8 millones) y el segundo Brasil. Debido a que la mayor parte del cultivo se localiza en los alrededores del puerto de Rosario, es la Bolsa de Comercio de esta ciudad el principal ámbito de comercialización de soja, seguido en importancia por la Bolsa de cereales de Buenos Aires.

Contato:

Mónica Bernabé
mbernabe@express.com.ar